



Mundos de exilio e ilusión



LITERATURA FANTÁSTICA





URSULA K. LE GUIN

MUNDOS DE EXILIO E ILUSIÓN

Traducción de
RAFAEL MARÍN

RBA

Título original: *Worlds of exile and illusion*

© de *El mundo de Rocannon*: Ace Books, Inc., 1966.; Ursula K. Le Guin, 1994.

Parte de esta novela fue publicada en septiembre de 1964

como una novela corta: © Ziff-Davis Publications, Inc., 1964.

© de *El planeta del exilio*: Ursula K. Le Guin, 1966, 1994.

© de *Ciudad de ilusiones*: Ursula K. Le Guin, 1967, 1995.

© de la traducción: Rafael Marín, 2012.

© de esta edición: RBA Libros, S.A., 2012.

Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.

rbalibros.com

Primera edición: septiembre de 2012.

REF.: OAFI734

ISBN: 978-84-9006-355-2

DEPÓSITO LEGAL: B-21344-2012

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito
del editor cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida
a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra
(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados.

A LA MEMORIA DE CELE LALLI,
DON WOLLHEIM Y TERRY CURN.



EL MUNDO DE ROCANNON





PRÓLOGO

EL COLLAR

¿Cómo distinguir leyenda y realidad en estos mundos que se encuentran a tantos años luz de distancia? Planetas sin nombre, a los que sus habitantes llaman El Mundo, planetas sin historia, donde el pasado es materia de mitos, y el viajero que regresa descubre que aquello que hizo unos años atrás se ha convertido ahora en los actos de un dios. Lo irracional oscurece esa brecha temporal que nuestras naves salvan a la velocidad de la luz, y en la oscuridad crecen como malas hierbas la inseguridad y la desproporción.

Al intentar contar la historia de un hombre, un científico corriente de la Liga que visitó uno de esos mundos semidesconocidos, sin nombre, no hace muchos años, me siento como un arqueólogo entre ruinas milenarias que avanza entre marañas de hojas, flores, ramas y enredaderas hasta la súbita y brillante geometría de una rueda o una piedra pulida, y entra en un portal conocido e iluminado para encontrar luego la oscuridad, el imposible aleteo de una llama, el brillo de una joya, el movimiento entrevisto del brazo de una mujer.

¿Cómo distinguir la realidad de la leyenda, la verdad de la verdad?

A través de la historia de Rocannon regresa la joya, ese tintineo azul apenas visto. Empecemos así:

*Zona Galáctica Ocho, n.º 62: FORMALHAUT II.
Formas de vida de inteligencia elevada. Especies Contactadas:*

Especie I.

A) Gdemiar (singular gdem): trogloditas humanoides nocturnos de gran inteligencia, 120-135 centímetros de altura, piel clara, cabellos oscuros. Cuando se contactó con ellos, estos cavernícolas estaban organizados en una sociedad urbana oligárquica rígidamente estratificada, modificada por telepatía colonial parcial, y una cultura tecnológicamente orientada equivalente a los principios de la Edad del Acero. La tecnología se amplió a nivel Industrial, Punto C, durante la Misión de la Liga entre 252 y 254. En 254 se concedió una nave automática (partida y regreso a Nueva Georgia del Sur) a los oligarcas de la comunidad de la zona del mar de Kirien. Estatus C-Prima.

B) Fiiia (singular fian): homínidos de gran inteligencia, diurnos, 130 centímetros de altura; los individuos observados, generalmente de piel y pelo claros. Breves contactos indicaron sociedades comunitarias nómadas y asentadas, telepatía colonial parcial, también indicios de TK de corto alcance. La raza parece ser no tecnológica y evasiva, con pautas culturales fluidas mínimas. Actualmente no contributivos. Estatus E-Interrogante.

Especie II.

Liuar (singular liu): homínidos de gran inteligencia, diurnos, altura media por encima de los 170 centímetros. Esta especie posee una sociedad de clanes en aldeas-fortaleza, tecnología bloqueada (Bronce), y cultura heroico-feudal. Se aprecia una división social horizontal en dos pseudorazas: (a: olgyior, «hombres medianos», de piel clara y cabellos oscuros; (b: angyar, «señores», muy altos, de piel oscura y cabellos rubios...).

—Es ella —dijo Rocannon, dejando de leer el *Manual Abreviado de las Formas de Vida Inteligente* para volverse a mirar a la altísima mujer de piel oscura y cabellos rubios que esperaba en el centro de la gran sala del museo. Permanecía inmóvil y erguida, coronada por sus cabellos brillantes, mirando algo atentamente en



una vitrina. A su alrededor pululaban cuatro ansiosos y desagradables enanos.

—No sabía que en Formalhaut II vivieran todos esos pueblos además de los troglos —dijo Ketho, el conservador del museo.

—Yo tampoco. Hay también algunas especies «sin confirmar» con las que no se contactó nunca. Parece que es el momento de enviar una misión de investigación más concienzuda. Bueno, al menos sabemos a qué raza pertenece.

—Ojalá hubiera algún modo de saber quién es...

Procedía de una familia antigua, descendiente de los primeros reyes de los angyar, y a pesar de su pobreza su cabello brillaba con el puro y firme dorado de su herencia. La gente pequeña, los fiia, se inclinaba a su paso, aunque no era más que una niña descalza que corría por los campos con el luminoso y feroz cometa de su pelo encendiéndo los agitados vientos de Kirien.

Todavía era muy joven cuando Durhal de Hallan la vio, la cortejó y la llevó desde las derruidas torres y los ventosos salones de su infancia a su propio hogar. En las montañas de Hallan tampoco había comodidades, aunque el esplendor perduraba. Las ventanas carecían de cristales, los suelos eran de piedra pelada; en los años fríos, al despertarte veías la nieve de la noche acumulada bajo cada ventana. La esposa de Durhal pisaba con sus pequeños pies descalzos el suelo nevado, trenzando el fuego de su cabello, y le sonreía a su joven esposo a través del espejo de plata que colgaba en su habitación. Ese espejo, y el vestido nupcial de su madre, adornado con mil diminutos cristales, eran toda su riqueza. Algunos de los parientes inferiores de Hallan todavía poseían guardarropas con vestidos de brocado, muebles de madera dorada, arneses de plata para sus monturas, armaduras y espadas repujadas en plata, joyas y abalorios... y la esposa de Durhal los miraba con envidia, contemplando la corona de gemas o el broche dorado incluso



cuando quien llevaba el adorno se hacía a un lado para dejarla pasar, mostrando respeto por su cuna y su estatus matrimonial.

En el cuarto puesto desde el Alto Trono en las fiestas de Hallan se sentaban Durhal y su esposa Semley, tan cerca de su señor que el anciano a menudo le servía vino a Semley con su propia mano, y hablaba de ir a cazar con su sobrino y heredero Durhal, mirando a la joven pareja con amor sombrío y sin esperanzas. La esperanza era difícil de encontrar en los angyar de Hallan y todas las tierras occidentales, desde que los señores de las estrellas habían aparecido con sus casas que saltaban sobre columnas de fuego y sus horribles armas que podían arrasar montañas. Habían interferido en las antiguas costumbres y guerras, y aunque las sumas eran pequeñas, para los angyar era una vergüenza terrible tener que pagarles impuestos, un tributo para la guerra que los señores de las estrellas libraban con algún extraño enemigo, en algún lugar en los vacíos entre las estrellas, al final de los años. «Será también vuestra guerra», dijeron, pero desde hacía ya una generación los angyar esperaban avergonzados en sus salones, viendo enmohecer sus espadas de doble filo, crecer a sus hijos sin descargar siquiera un golpe en la batalla, a sus hijas casarse con hombres pobres, incluso hombres medianos, pues no tenían ninguna dote de saqueos heroicos para conseguir un marido noble. El rostro del señor de Hallan se ensombrecía al contemplar a la rubia pareja y oír su risa mientras bebían vino amargo y bromeaban en la fría, ruinosa y resplandeciente fortaleza de su raza.

El propio rostro de Semley se endurecía al contemplar el salón y ver, en los asientos que había debajo del suyo, incluso entre los mestizos y medianos, contra las pieles blancas y el pelo negro, los destellos y brillos de las piedras preciosas. No le había traído ninguna dote a su esposo, ni siquiera una horquilla de plata. El vestido de un millar de cristales lo había guardado en un baúl para el día de la boda de su hija, si una hija fuera a ser.



Lo fue, y la llamaron Haldre, y cuando el vello de su pequeño cráneo marrón se hizo más largo brilló como oro firme, la herencia de generaciones de señores, el único oro que poseería jamás...

Semley no le hablaba a su marido de su descontento. Pese a toda su amabilidad para con ella, Durhal, con su duro orgullo señorial, solo sentía desdén por la envidia, por los vanos deseos, y ella temía su desdén. Pero le habló a Durossa, la hermana de Durhal.

—Mi familia tuvo un gran tesoro hace tiempo —dijo—. Era un collar de oro, con una joya azul engarzada en el centro... ¿Un zafiro?

Durossa negó con la cabeza, sonriendo, insegura también del nombre. Era a finales de añocálido, como estos angyar del norte llamaban al verano del año de ochocientos días que comenzaba el ciclo de meses en cada equinoccio; a Semley le parecía un calendario extraño, un cálculo propio de medianos. Su familia estaba en las últimas, pero en tiempos fue más antigua y más pura que la raza de ninguno de estos nómadas del noroeste, que se mezclaban demasiado libremente con los olgyior. Estaba sentada al sol con Durossa en un alféizar de piedra en lo alto de la Gran Torre, donde se hallaban las habitaciones de la otra mujer. Viuda joven, sin hijos, Durossa había sido entregada en segundas nupcias al señor de Hallan, que era el hermano de su padre. Como era un matrimonio entre parientes y el segundo por ambas partes, ella no tomó el título de señora de Hallan, que Semley llevaría algún día; pero se sentaba con el viejo señor en el Alto Trono y gobernaba con él sus dominios. Mayor que su hermano Durhal, apreciaba a su joven esposa y se extasiaba con la pequeña Haldre de cabellos brillantes.

—Lo compraron —continuó Semley— con todo el dinero que mi antepasado Leynen consiguió cuando conquistó los feudos del sur... ¡todo el dinero de un reino entero, imaginatelo, por una sola joya! Oh, superaría a todo lo que hay aquí en Hallan, sin

duda, incluso a esos cristales como huevos de koob que lleva tu prima Issar. Era tan hermoso que incluso le dieron un nombre propio: lo llamaron el Ojo del Mar. Mi bisabuela lo llevaba.

—¿No lo llegaste a ver nunca? —preguntó la otra mujer mientras contemplaba las verdes faldas de las montañas donde el largo verano enviaba sus largos e inquietos vientos entre los bosques y los serpenteantes caminos blancos hasta la lejana costa.

—Se perdió antes de que yo naciera.

—¿Los señores de las estrellas se lo llevaron como tributo?

—No, mi padre decía que lo robaron antes de que los señores de las estrellas llegaran a nuestro reino. No hablaba de ello, pero había una vieja mediana llena de historias que siempre me decía que los fia sabían dónde estaba.

—¡Ah, me gustaría ver a los fia! —dijo Durossa—. Aparecen en tantas canciones y cuentos... ¿Por qué no vienen nunca a las tierras de occidente?

—Demasiado altas, demasiado frías en invierno, creo. Les gusta el sol de los valles del sur.

—¿Son como la gente del barro?

—A esos no los he visto nunca: se mantienen apartados de nosotros en el sur. ¿No son como medianos blancos y deformes? Los fia son rubios; parecen niños, solo que más delgados, y más sabios. ¡Oh, me pregunto si saben dónde está el collar, quién lo robó y dónde lo ocultó! Imagina, Durossa... ¡si pudiera ir a un festejo de Hallan y sentarme junto a mi marido con la riqueza de un reino al cuello, y eclipsar a todas las mujeres como él eclipsa a todos los hombres!

Durossa se asomó a ver a la niña, que estaba sentada estudiándose los dedos de los pies en una alfombra entre su madre y su tía.

—Semley es tonta —le murmuró a la niña—. Semley, que brilla como una estrella fugaz, Semley, cuyo marido no quiere más oro que el de sus cabellos...

Y Semley, que contemplaba las verdes laderas del verano que llegaban hasta el lejano mar, guardó silencio.

Pero cuando pasó otro añofrío, y los señores de las estrellas volvieron de nuevo a recaudar sus impuestos para la guerra contra el fin del mundo (esta vez usando como intérpretes a un par de enanos de la gente del barro, y por tanto humillando a los angyar hasta el límite de la rebelión) y otro añocálido pasó también, y Haldre se convirtió en una niña hermosa y charlatana, Semley la llevó una mañana a la luminosa habitación de Durossa en la torre. Semley llevaba una vieja capa azul, y la capucha le cubría los cabellos.

—Cuida de Haldre por mí unos cuantos días, Durossa —dijo, tranquila pero con rapidez—. Voy a ir al sur, a Kirien.

—¿Para ver a tu padre?

—A buscar mi herencia. Tus primos del feudo de Harget se han burlado de Durhal. ¡Incluso ese mestizo de Parna se cree capaz de atormentarlo porque su esposa tiene una colcha de satén en su cama, y un pendiente de diamante, y tres vestidos, maldita cara pálida de pelos negros! Mientras tanto, la mujer de Durhal debe remendar su vestido...

—¿Se enorgullece Durhal de su esposa o de lo que lleva puesto?

Pero Semley no se dejó convencer.

—Los señores de Hallan se vuelven pobres en su propio salón. Voy a traerle mi dote a mi señor, como debe hacer quien pertenece a mi linaje.

—¡Semley! ¿Sabe Durhal que te vas?

—Mi regreso será feliz... Hazle saber eso —dijo la joven Semley, soltando por un instante una risa de alegría; entonces se inclinó para besar a su hija, dio media vuelta y, antes de que Durossa pudiera hablar, se marchó como un viento veloz a través de los suelos de piedra iluminada por el sol.

Las mujeres casadas de los angyar nunca cabalgaban por de porte, y Semley no había salido de Hallan desde su matrimonio;



así que ahora, al montar en la alta silla de un corcel de viento, se sintió de nuevo como una niña, como la salvaje doncella que fue en otros tiempos, cabalgando monturas a medio domar por los campos de Kirien. La bestia que montaba ahora era de fina raza, y su pelaje, a rayas, cubría huesos huecos y ágiles; tenía los ojos verdes entornados contra el viento, y las alas, livianas y poderosas, se agitaban a cada lado de Semley, revelando y ocultando, revelando y ocultando las nubes arriba y los campos abajo.

A la tercera mañana llegó a Kirien y se halló de nuevo en los salones derruidos. Su padre había estado bebiendo toda la noche y, al igual que en los viejos tiempos, el sol de la mañana que se colaba por los techos desplomados lo molestaba, y la visión de su hija tan solo aumentó su irritación.

—¿Para qué has vuelto? —gruñó, mirándola de arriba abajo con sus ojos hinchados. El fiero cabello de su juventud se había apagado, los mechones grises se aplastaban contra su cráneo—. ¿No se casó contigo el joven Halla y vuelves a escondidas a casa?

—Soy la esposa de Durhal. He venido a por mi dote, padre.

El borracho gruñó disgustado; pero ella le sonrió tan dulcemente que tuvo que mirarla de nuevo, con un respingo.

—¿Es cierto, padre, que los fiai robaron el collar llamado Ojo del Mar?

—¿Cómo quieres que lo sepa? Cuentos antiguos. El collar se perdió antes de que yo naciera, creo. Ojalá no lo hubiera hecho nunca. Pregúntale a los fiai si quieres saberlo. Ve a verlos, vuelve con tu marido. Déjame en paz. En Kirien no hay sitio para muchachas ni para oro ni para el resto de la historia. Eso se acabó: este es el lugar caído, el salón vacío. Todos los hijos de Leynen están muertos, sus tesoros se han perdido. Sigue tu camino, muchacha.

Gris e hinchado como una araña en una casa derruida, dio media vuelta y se dirigió dando tumbos hacia los sótanos donde se escondía de la luz del día.



Guiando el corcel del viento de Hallan, Semley dejó su antiguo hogar y bajó la empinada colina, dejando atrás la aldea de los medianos, que la saludaron con hosco respeto, y dejó atrás pastos y campos donde pacían los grandes herilores semisalvajes de alas recortadas, hasta llegar a un valle que era verde como un cuenco pintado y lleno hasta el borde de luz. En las profundidades del valle se encontraba la aldea de los fiaa, y a medida que bajaba guiando a su corcel los pequeños y ligeros hombrecitos salían de sus chozas y jardines y corrían hacia ella, riendo, llamándola con débiles vocecitas.

—¡Salud, esposa de Halla, señora de Kirien, nacida del viento, Semley la rubia!

Le dijeron cosas hermosas y a ella le gustaba oírlas, sin molestarte por su risa, pues ellos se reían con todo lo que decían. Era su costumbre, hablar y reír. Ella se detuvo, envuelta en su larga capa azul, destacando entre su alegre bienvenida.

—¡Salud, gente de la luz, habitantes del sol; fiaa, amigos de los hombres!

La condujeron a la aldea y la llevaron a una de sus luminosas casas, perseguidos por los diminutos niños. No se podía saber qué edad tenía un fian adulto: incluso era difícil distinguirlos a unos de otros y Semley no podía estar segura, mientras se movían veloces como polillas alrededor de una vela, de si le hablaba siempre al mismo. Pero parecía que uno de ellos era el encargado de hablarle, mientras los otros daban de comer y alimentaban a su corcel, y le traían agua para beber, y cuencos de fruta de sus jardines de árboles diminutos.

—¡No fueron los fiaa los que robaron el collar de los señores de Kirien! —exclamó el hombrecito—. ¿Qué harían los fiaa con el oro, señora? Para nosotros hay luz en añocálido, y en añofrío tenemos el recuerdo de la luz, la fruta amarilla, las hojas amarillas al final de la estación y el cabello dorado de nuestra señora de Kirien: no necesitamos otro oro.

—Entonces ¿fue un mediano quien robó el collar?

—¿Cómo se atrevería un mediano? Oh, señora de Kirien, ningún mortal sabe cómo robaron la gran joya, ningún mediano ni ningún fian, ni nadie de los Siete Pueblos. Solo las mentes muertas saben cómo se perdió, hace mucho tiempo, cuando Kireley el Orgulloso, cuya bisnieta es Semley, caminaba solo junto a las cuevas del mar. Pero tal vez pueda hallarse entre los odiadores del sol.

—¿La gente del barro?

Un estallido más fuerte de risa nerviosa.

—Siéntate con nosotros, Semley de los cabellos de sol, regresada a nosotros desde el norte.

Ella se sentó con ellos a comer, y se sintieron tan complacidos con su delicadeza como ella con la de ellos. Pero cuando la oyeron repetir que iría a ver a la gente del barro para encontrar su herencia, si estaba allí, empezaron a no reírse; y poco a poco se fueron apartando de ella. Se quedó sola por fin, quizás con el que le había hablado antes de la comida.

—No vayas a ver a la gente del barro, Semley —dijo él, y durante un momento ella vaciló. El fian, pasándose lentamente la mano por los ojos, había oscurecido todo el aire de alrededor. En el plato quedaban unos restos de fruta cenicientos; todos los cuencos de agua clara estaban vacíos.

—En las montañas de la lejana tierra los fia y los gdemiar se separaron. Hace mucho, nos sepáramos —dijo el hombrecito de los fia—. Hace más tiempo aún éramos uno. Lo que nosotros no somos, ellos lo son. Lo que nosotros somos, ellos no lo son. Piensa en la luz del sol y la hierba y los árboles que dan fruta, Semley; piensa que no todas las carreteras que llevan hacia abajo llevan también hacia arriba.

—La mía no lleva ni arriba ni abajo, amable anfitrión, sino solo hacia mi herencia. Iré donde está, y regresaré con ella.

El fian inclinó la cabeza, riendo un poco.

Tras partir de la aldea ella montó en su corcel del viento y, gritando una despedida como respuesta a la llamada de ellos, se alzó al viento de la tarde y voló al suroeste, hacia las cavernas que había junto a las rocosas orillas del mar de Kirien.

Temía tener que andar mucho por los túneles de aquellas cuevas para encontrar a la gente que buscaba, pues se decía que la gente del barro nunca salía de sus cavernas a la luz del sol, y temían aún más a la Gran Estrella y las lunas. Fue un viaje largo; aterrizó una vez para dejar que su corcel cazara ratas arborícolas mientras ella comía un panecillo que llevaba en las alforjas. El pan estaba duro y seco y sabía a cuero, pero conservaba un leve sabor de su fabricante, así que por un momento, mientras se lo comía sola en un claro de los bosques del sur, oyó el suave tono de una voz y vio el rostro de Durhal vuelto hacia ella a la luz de las velas de Hallan. Durante un rato contempló adormilada aquel joven rostro recio y vívido, pensando en lo que le diría cuando volviera a casa con el rescate de un reino en el cuello.

—Quería un regalo digno de mi marido y señor...

Luego continuó su viaje, pero cuando llegó a la costa el sol se había puesto, y la Gran Estrella se hundió detrás. Un feo viento llegaba del oeste, a ráfagas y trompicones, y su corcel del viento se cansó combatiéndolo. Lo dejó posarse en la arena. De inmediato plegó las alas y enroscó sus gruesas y livianas patas debajo de su cuerpo con un ronroneo. Semley se arrebujo en la capa, acariciando el cuello del corcel, que agitó las orejas y volvió a ronronear. La cálida piel le reconfortó la mano, pero todo lo que veían sus ojos era un cielo gris lleno de manchas de nubes, mar gris, oscura arena. Y entonces, corriendo por la arena, una criatura baja y oscura, y luego otra, un grupo, que corrían y se agachaban y se detenían.

Los llamó en voz alta. Aunque parecía que no la habían visto, en un momento estuvieron todos a su alrededor. Mantuvieron las distancias con su corcel del viento. El animal había dejado de ron-

ronear, y su piel se erizó un poco bajo la mano de Semley. Ella cogió las riendas, alegre de contar con su protección pero temerosa de la nerviosa ferocidad que podía mostrar. La extraña gente permaneció en silencio, mirándola, con sus gruesos pies descalzos plantados en la arena. Eran inconfundibles: tenían la altura de los fiia y en todo lo demás eran una sombra, una negra imagen de ese pueblo risueño. Desnudos, chaparros, abotargados, con pelo negro lacio y pieles grisáceas y viscosas como las pieles de los gusanos, ojos como rocas.

—¿Sois la gente del barro?

—Somos los gdemiar, el pueblo de los señores de los Reinos de la Noche.

La voz resultó ser, inesperadamente, fuerte y grave, y resonó pomposa a través del viento salino del atardecer; pero, al igual que con los fiia, Semley no llegó a distinguir quién había hablado.

—Os saludo, señores de la noche. Soy Semley de Kirien, esposa de Durhal de Hallan. Vengo a vosotros buscando mi herencia, el collar llamado Ojo del Mar, perdido hace tanto tiempo.

—¿Por qué lo buscas aquí, angya? Aquí no hay más que arena y sal y noche.

—Porque se sabe que las cosas perdidas aparecen en lugares profundos —respondió Semley, dispuesta a jugar a ser ingeniosa—, y el oro que sale de la tierra tiene la costumbre de volver a la tierra. Y a veces lo hecho, dicen, vuelve al hacedor.

Esto último era una suposición. Dio en el clavo.

—Es cierto que conocemos de nombre el collar Ojo del Mar. Lo hicieron en nuestras cavernas hace mucho tiempo, y lo vendimos a los angyar. Y la piedra azul vino de los campos de barro de nuestros parientes del este. Pero son historias muy antiguas, angya.

—¿Puedo escucharlas en los lugares donde se cuentan?

Las pequeñas criaturas guardaron silencio un rato, como dudando. El viento gris hacía revolotear la arena, oscureciéndose a

medida que la Gran Estrella se ponía; el sonido del mar aumentaba y menguaba. La grave voz habló de nuevo.

—Sí, señora de los angyar. Puedes entrar en los salones profundos. Ven con nosotros ahora.

Hubo un cambio de tono en su voz, ahora zalamera. Semley no lo advirtió. Siguió a los hombres del barro, llevando de la rienda a su montura de aguzados espolones.

En la boca de la cueva, una boca abierta y sin dientes de la que surgía un apestoso calor, uno de los hombres del barro dijo:

—La bestia aérea no puede entrar.

—Sí —dijo Semley.

—No —dijeron los pequeños seres.

—Sí, no lo dejaré aquí. No es mío y no puedo dejarlo. No os hará daño, mientras lo sujetе de las riendas.

—No —repitieron con voces graves, pero otros intervinieron.

—Como quieras.

Y continuaron después de un momento de vacilación. La boca de la cueva pareció cerrarse tras ellos, tan oscuro estaba bajo la piedra. Entraron en fila india, Semley la última.

La oscuridad del túnel se redujo, y se detuvieron bajo una bola de débil fuego blanco que colgaba del techo. Más allá había otra, y luego otra; entre ellas, colgaban guirnaldas de largos gusanos negros. A medida que fueron avanzando estos globos de fuego se encontraban más cerca unos de otros, de modo que todo el túnel quedó iluminado por un resplandor frío y brillante.

Los guías de Semley se detuvieron ante tres túneles, todos bloqueados por puertas que parecían de hierro.

—Esperaremos, angya —dijeron, y ocho se quedaron con ella, mientras otros tres abrían una de las puertas y pasaban al otro lado. La puerta se cerró tras ellos con un golpe.

Erguida y quieta esperó la hija de los angyar bajo la blanca luz de las lámparas; su corcel del viento se acurrucó a su lado, agitando la punta de su cola veteada, las grandes alas plegadas agitándo-

se una y otra vez con el impulso controlado de volar. En el túnel, detrás de Semley, los ocho hombres del barro se sentaron en cuclillas, murmurando entre sí con voz grave, en su propia lengua.

La puerta central se abrió de golpe.

—¡Que la angya entre en el Reino de la Noche! —exclamó una nueva voz, resonante y jactanciosa. Un hombre del barro que llevaba algunas ropas cubriendo su grueso cuerpo gris la esperaba en la puerta, llamándola—. ¡Entra y contempla las maravillas de nuestras tierras, las maravillas hechas por manos, las obras de los señores de la noche!

En silencio, dando un tirón a las riendas de su montura, Semley inclinó la cabeza y lo siguió para pasar bajo el dintel hecho para gente de pequeña estatura. Otro túnel se extendía por delante, paredes hediondas que deslumbraban con su luz blanca, pero, en vez de un camino para caminar, su suelo tenía dos barras de hierro pulido que se extendían hasta donde alcanzaba la vista. En las barras descansaba una especie de carro con ruedas de metal. Obedeciendo los gestos de su nuevo guía, sin vacilación y sin rastro de asombro en el rostro, Semley subió al carro e hizo que el corcel del viento se acurrucara junto a ella. El hombre del barro subió también y se sentó delante de ella para empezar a mover barras y engranajes. Se produjo un sonido fuerte y rechinante, y un grito de metal contra metal, y entonces las paredes del túnel empezaron a pasar velozmente, cada vez más y más rápido, hasta que los globos de fuego del techo se convirtieron en un borrón, y el rancio aire caliente se convirtió en un viento pestilente que le arrancó la capucha del pelo.

El carro se detuvo. Semley siguió al guía por unos peldaños de basalto hacia una vasta antesala y luego hacia un salón aún más vasto, tallado en la roca por aguas antiguas o por la esforzada gente del barro; una oscuridad que nunca había conocido la luz era iluminada por el sorprendente y frío brillo de los globos. En rejillas abiertas en las paredes giraban y giraban unas aspas enormes, mo-

viendo el aire rancio. El gran espacio cerrado zumbaba y resonaba por el ruido, las altas voces de la gente del barro, el rechinante y agudo zumbido y la vibración de las aspas y las ruedas que giraban, los ecos y nuevos ecos de todo esto repetidos en la roca. Aquí las deformes figuras de los hombres del barro iban vestidas con ropajes que imitaban a los de los señores de las estrellas: pantalones divididos, suaves botas y túnicas con capuchas, aunque las pocas mujeres que se veían, rápidas enanas serviles, iban desnudas. Muchos de los hombres eran soldados que llevaban al costado armas similares a los terribles lanzadores de luz de los señores de las estrellas, aunque incluso Semley pudo ver que eran simplemente bastones de hierro con esa forma. Lo que veía, lo veía sin mirar. Siguió las indicaciones que le dieron, sin volver la cabeza a derecha ni izquierda. Cuando llegó ante un grupo de hombres del barro que llevaban coronas de hierro en su pelo negro, su guía se detuvo, hizo una reverencia y exclamó:

—¡Los grandes señores de los gdemiar!

Eran siete, y todos la miraron con tanta arrogancia en sus rostros hinchados que le dieron ganas de echarse a reír.

—Vengo a vosotros en busca del tesoro perdido de mi familia, oh, señores del Reino Oscuro —les dijo gravemente—. Busco el premio de Leynen, el Ojo del Mar.

Su voz sonaba débil en medio del estruendo de la enorme bóveda.

—Eso dijeron nuestros mensajeros, señora Semley.

Esta vez pudo distinguir a quien hablaba, uno aún más pequeño que los otros y que apenas le llegaba a la altura del pecho, con un rostro blanco, poderoso y fiero.

—No tenemos esa cosa que buscas.

—Se dice que la tuvisteis.

—Se dicen muchas cosas allá arriba, donde el sol parpadea.

—Y las palabras se las llevan los vientos, donde hay vientos que soplan. No pregunto cómo perdimos el collar y se os devolvió

a vosotros, sus hacedores de antaño. Esas son viejas historias, viejas rencillas. Solo quiero encontrarlo ahora. No lo tenéis, pero puede que sepáis dónde está.

—No está aquí.

—Entonces está en otra parte.

—Está donde no puedes alcanzarlo. Nunca, a menos que te ayudemos.

—Entonces ayudadme. Os lo pido como vuestra invitada.

—Se dice: «Los angyar toman; los fiia dan; los gdemiar dan y toman». Si hacemos esto por ti, ¿qué nos darás?

—Mi agradecimiento, señor de la noche.

Ella sonreía, alta y brillante entre ellos. Todos la miraron con recio asombro, con un súbito anhelo.

—Escucha, angya, es un gran favor el que nos pides. No sabes cuán grande. No puedes comprenderlo. Eres de una raza que no quiere comprender, que no le preocupa más que cabalgar en el viento y cultivar cosechas y luchar con espadas y gritar juntos. Pero ¿quién hace vuestras espadas de recto acero? ¡Nosotros, los gdemiar! Vuestros señores recurren a nosotros aquí y en los campos de barro y compran sus espadas y se marchan, sin mirar, sin comprender. Pero aquí estás tú ahora, mira, puedes ver unas cuantas de nuestras infinitas maravillas, las luces que arden eternamente, el coche que se impulsa solo, las máquinas que hacen nuestras ropas y cocinan nuestra comida y endulzan nuestro aire y nos sirven en todas las cosas. Que sepas que todas esas cosas están más allá de tu comprensión. Y entiende esto: ¡nosotros, los gdemiar, somos amigos de esos que llamáis señores de las estrellas! Fuimos con ellos a Hallan, a Reohan, a Hul-Orren, a todos vuestros castillos, para ayudarlos a hablar con vosotros. Los señores a quienes vosotros, los orgullosos angyar, pagáis tributo, son nuestros amigos. ¡Nos hacen favores al igual que nosotros les hacemos favores a ellos! ¿Qué significa para nosotros tu agradecimiento?

—Sois vosotros quienes tenéis que responder a esa pregunta —dijo Semley—, no yo. Yo ya he hecho la mía. Contéstala, señor.

Durante un rato, los siete consultaron entre sí, con palabras y en silencio. La miraban y retiraban la mirada, y murmuraban y callaban. Una multitud se congregó a su alrededor, atraída lentamente y en silencio, uno tras otro hasta que Semley quedó rodeada por cientos de cabezas negras, y todo el resonante suelo de la gran caverna quedó cubierto de gente, excepto un pequeño espacio a su alrededor. Su corcel del viento temblaba por la irritación y el miedo controlados demasiado tiempo, y tenía los ojos pálidos y muy abiertos, como los ojos de un corcel obligado a volar de noche. Semley acarició el cálido pelaje de su cabeza y le susurró:

—Tranquilo ahora, valiente, brillante, señor del viento...

—Angya, te llevaremos al lugar donde se encuentra el tesoro —dijo el hombre del barro de la cara blanca y la corona de hierro, que se había vuelto de nuevo hacia ella—. Más, no podemos hacer. Debes venir con nosotros para reclamar el collar donde se encuentra, a aquellos que lo tienen. La bestia aérea no puede venir contigo. Debes venir sola.

—¿Es un viaje muy largo, señor?

Los labios de él se abrieron en una mueca.

—Un viaje muy, muy largo, señora. Sin embargo, solo durará una noche.

—Os agradezco vuestra cortesía. ¿Será mi montura bien atendida esta noche? No debe sufrir ningún mal.

—Dormirá hasta tu regreso. ¡Habrá cabalgado un corcel del viento más grande cuando vuelvas a ver a esa bestia! ¿No preguntas adónde te llevaremos?

—¿Podemos empezar pronto este viaje? No quiero estar lejos de mi hogar mucho tiempo.

—Sí. Pronto.

De nuevo los labios grises sonrieron mientras la miraba fijamente a la cara.

Semley no podría haber sido capaz de contar lo que hicieron en las horas siguientes: todo fue prisa, commoción, ruido, extrañeza. Mientras sujetaba la cabeza de su montura, un hombre del barro le clavó una larga aguja en los dorados cuartos traseños. Ella casi soltó un grito al verlo, pero el corcel simplemente se agitó y luego, ronroneando, se quedó dormido. Un grupo de hombres del barro, que claramente tuvieron que hacer acopio de valor para tocar su cálido pelaje, se lo llevaron. Más tarde, ella tuvo que ver cómo le clavaban una aguja en su propio brazo: tal vez para poner a prueba su valor, pensó, pues no pareció hacerla dormir, aunque no estaba del todo segura. Había momentos en que tuvieron que viajar en los carros de los raíles, pasando ante puertas de hierro y centenares de altas cavernas; una vez, el carro de los raíles atravesó una caverna que se extendía incommensurablemente, rodeada de oscuridad a ambos lados, y toda esa oscuridad estaba llena de grandes rebaños de herilore. Pudo oír sus broncas llamadas de amor, y atisbar los rebaños gracias a las luces delanteras del carro; entonces vio algo más claramente gracias a la luz blanca, y advirtió que todos carecían de alas, y todos eran ciegos. Ante eso, cerró los ojos. Pero había más túneles que atravesar, y siempre más cavernas, más cuerpos rechonchos y grises y rostros ferores y voces resonantes, hasta que por fin la condujeron al aire libre. Era noche cerrada; Semley alzó alegramente los ojos hacia las estrellas y la única luna que brillaba, la pequeña Heliki, que iluminaba el oeste. Pero la gente del barro siguió rodeándola y la hicieron entrar ahora en un nuevo tipo de carro o en otra cueva, no supo qué. Era pequeño, lleno de lucecitas que parpadeaban como velas, muy estrechas y brillantes después de las grandes cavernas rancias y la noche iluminada por las estrellas. Le clavarón ahora otra aguja, y le dijeron que tendrían que atarla a una especie de silla plana, sujetándole la cabeza y las manos y los pies.

—No lo consentiré —dijo Semley.



Pero cuando vio que los cuatro hombres del barro que iban a ser sus guías se dejaban amarrar primero, se sometió. Los demás se marcharon. Se oyó un sonido ensordecedor, y un largo silencio: un gran peso que no podía ver se asentó sobre ella. Luego no notó ningún peso, ni oyó ningún sonido, nada en absoluto.

—¿Estoy muerta? —preguntó Semley.

—Oh, no, señora —dijo una voz que no le gustó.

Al abrir los ojos, vio un rostro blando inclinado hacia ella, unos grandes labios sonrientes, unos ojos como piedras pequeñas. Le habían quitado las ataduras, y se incorporó de un salto. No tenía peso, ni cuerpo: se sintió como si solo fuera una vaharda de terror en el viento.

—No te haremos daño —dijo la hosca voz, o las voces—. Solo permítenos que te toquemos, señora. Nos gustaría acariciar tu pelo. Déjanos acariciarte el pelo...

El carro redondo en el que se encontraban tembló un poco. Más allá de su única ventana se extendía la negra noche, ¿o era bruma? ¿O no era nada? Una larga noche, habían dicho ellos. Muy larga. Semley permaneció sentada inmóvil y soportó el contacto de sus pesadas manos grises en el pelo. Más tarde quisieron tocarle las manos y los pies y los brazos, y uno quiso tocarle la garganta: ante eso apretó los dientes y se levantó, y ellos retrocedieron.

—No te hemos hecho daño, señora —dijeron. Ella negó con la cabeza.

Cuando se lo ordenaron, se tendió de nuevo en la silla que la ataba; y cuando la luz dorada destelló, en la ventana, habría llovido ante lo que se veía, si no se hubiera desmayado antes.

—Bien —dijo Rocannon—, ahora al menos sabemos qué es.

—Ojalá hubiera un modo de saber *quién* es —murmuró el conservador—. Quiere algo que tenemos aquí en el museo, ¿eso es lo que dicen los troglos?

—No los llames troglos —recremgó Rocannon. Como etnólogo especialista en formas de vida inteligente, se suponía que debía resistirse al empleo de esas palabras—. No son bonitos, pero son aliados de estatus C... Me pregunto por qué la Comisión los escogió para desarrollarlos, incluso antes de contactar con todas las especies inteligentes. Apuesto a que hicieron el estudio en Centaurus. A los centauranos siempre les han gustado los habitantes de las cavernas y los seres nocturnos. Creo que yo habría apoyado a la Especie II.

—Los trogloditas parecen extasiados con ella.

—¿Y tú no?

Ketho miró de nuevo a la alta mujer, luego se ruborizó y se rio.

—Bueno, en cierto modo. Nunca he visto una alienígena tan hermosa en los dieciocho años que llevo aquí, en Nueva Georgia del Sur. De hecho, nunca he visto una mujer tan hermosa en ninguna parte. Parece una diosa.

El rubor llegó ahora a la coronilla de su calva cabeza, pues Ketho era un conservador tímido, poco dado a la hipérbole. Pero Rocannon asintió sobriamente, mostrando su acuerdo.

—Ojalá pudiéramos hablar con ella sin esos tro... gdemiar como intérpretes. Pero no se puede evitar.

Rocannon se dirigió a su visitante, y cuando ella volvió su espléndido rostro hacia él hizo una profunda reverencia, apoyando una rodilla en el suelo, la cabeza gacha y los ojos cerrados. Era lo que llamaba su cortesía intercultural multipropósito, y la realizó con cierta gracia. Cuando se irguió de nuevo, la hermosa mujer sonrió y habló.

—Ella te saluda, señor de las estrellas —gruñó uno de sus pequeños escoltas en galáctico rudimentario.

—Salud, señora de los angyar —respondió Rocannon—. ¿De qué modo podemos los del museo servir a la señora?

Entre los gruñidos de los trogloditas la voz de ella sonaba como un breve viento plateado.

—Ella dice que por favor le entreguéis el collar que sus antepasados atesoraron hace tanto tiempo.

—¿Qué collar? —preguntó él, y al comprenderlo, ella señaló en el expositor central que tenían delante un elemento magnífico, una cadena de oro amarilla, enorme pero de orfebrería muy delicada, con un gran zafiro azul en el centro. Rocannon alzó las cejas, y a su lado Ketho murmuró:

—Tiene buen gusto. Ese es el Collar de Fomalhaut, una pieza famosa.

—Ella dice, oh, señores de las estrellas, habitantes de la Casa de los Tesoros, joven y viejo, que ese tesoro es suyo. Hace mucho, mucho tiempo. Gracias.

—¿Cómo conseguimos la pieza, Ketho?

—Espera; déjame consultarla en el catálogo. Lo tengo aquí. Aquí está. Lo trajeron esos troglos... trolls, lo que sean: los gdemiar. Dice que tienen obsesión por hacer negocios; tuvimos que dejarles que compraran la nave en la que vinieron aquí, una AD-4. Esto formó parte del pago. Lo hicieron ellos.

—Y apuesto a que ya no pueden hacer este tipo de trabajos de orfebrería, ya que han sido adelantados a la fase industrial.

—Pero parecen considerar que le pertenece a ella, no a nosotros ni a ellos mismos. Debe de ser importante, Rocannon, o no le habrían dedicado todo este desfase temporal a su misión. ¡El lapso objetivo entre Formalhaut y nuestro presente ha de ser considerable!

—Varios años, sin duda —dijo el etnólogo, que estaba acostumbrado a los viajes estelares—. No está muy lejos. Bueno, ni el *Manual* ni la *Guía* me proporcionan datos suficientes para hacer una deducción decente. Es obvio que estas especies no han sido estudiadas adecuadamente. Puede que los seres pequeños simplemente le estén mostrando cortesía. O puede que de este maldito zafiro dependa una guerra entre especies. Tal vez el deseo de ella los gobierna, pero se consideran a sí mismos totalmente inferiores. O a pesar de las apariencias tal vez sea su prisionera, su

señuelo. ¿Cómo podemos saber...? ¿Les puedes entregar el collar, Ketho?

—Oh, sí. Todos los elementos exóticos están prácticamente en préstamo. No son de nuestra propiedad, ya que estas reclamaciones se producen de vez en cuando. Rara vez discutimos. Paz por encima de todo, hasta que se produzca la guerra...

—Entonces yo diría que se lo entreguemos.

Ketho sonrió.

—Es un privilegio —dijo. Abrió el expositor y sacó la gran cadena dorada. Entonces, con timidez, se la entregó a Rocannon, diciendo—: Dásela tú.

La joya azul, de esta forma, se posó durante un instante en la mano de Rocannon.

Su mente estaba en otra cosa: se volvió hacia la hermosa mujer alienígena, con el objeto de fuego azul y oro en la mano. Ella no extendió las manos para cogerlo, sino que inclinó la cabeza, y él le pasó el collar por encima del cabello. Permaneció allí como una mecha ardiente en su dorada garganta marrón. Ella alzó la cabeza con tanto orgullo, placer y gratitud en el rostro que Rocannon se quedó sin palabras, y el pequeño conservador murmuró en su propio lenguaje:

—No hay de qué, no hay de qué.

Ella inclinó su cabeza dorada hacia Rocannon y hacia él. Entonces, dando media vuelta, les hizo un gesto a sus pequeños guardias (¿o captores?) y, envolviéndose en su gastada capa azul, recorrió el largo salón y se marchó. Ketho y Rocannon se quedaron mirándola.

—Tengo la sensación de que... —empezó a decir Rocannon.

—¿Sí? —inquirió Ketho con voz ronca, tras una larga pausa.

—A veces tengo la sensación de que... al conocer a esta gente de mundos de los que sabemos tan poco, ya sabes, es como si estuviéramos recorriendo la periferia de una leyenda, de un mito trágico, tal vez, que no comprendo...

—Sí —dijo el conservador, aclarándose la garganta—. Me pregunto... Me pregunto cómo se llama.

Semley la rubia, Semley la dorada, Semley la del collar. La gente del barro se había plegado a su voluntad, y lo mismo habían hecho los señores de las estrellas de aquel terrible lugar adonde la gente del barro la había llevado, la ciudad al final de la noche. Se habían inclinado ante ella, y le habían entregado alegremente el tesoro que guardaban.

Pero no podía desprenderse de la sensación de que aquellas cavernas donde las rocas la rodeaban, donde no podías distinguir quién hablaba ni qué hacía, donde las voces resonaban y las manos grises se extendían... Ya basta de eso. Había pagado por el collar; muy bien. Ahora era suyo. El precio estaba pagado, el pasado era el pasado.

Su corcel del viento salió de una especie de caja, con los ojos vidriosos y el pelaje cubierto de hielo, y al principio, cuando salieron de las cuevas de los gdemiar, no podía volar. Ahora parecía estar bien de nuevo, y seguía un suave viento del sur a través del brillante cielo, hacia Hallan.

—Ve rápido, ve rápido —le dijo, y empezó a reír mientras el viento apartaba la oscuridad de su mente—. Quiero ver a Durhal pronto, pronto...

Y veloces volaron, hasta llegar a Hallan al atardecer del segundo día. Ahora las cuevas de la gente del barro no parecían más que una pesadilla del año pasado, mientras la montura subía los mil peldaños de Hallan y cruzaba el puente del abismo donde los bosques caían trescientos metros. A la luz dorada de la tarde, en el patio, Semley desmontó y subió a pie los últimos escalones entre las rígidas figuras de héroes talladas y los dos guardias, que se inclinaron ante ella, mirando la hermosa y feroz joya que colgaba de su cuello.

En la antesala detuvo a una muchacha que pasaba, una muchacha muy hermosa, por cuyo aspecto deduje que era pariente cercana de Durhal, aunque Semley no pudo recordar su nombre.

—¿Me conoces, doncella? Soy Semley, la esposa de Durhal. ¿Quieres decirle a la dama Durossa que he regresado?

Pues tenía miedo de entrar y quizá enfrentarse a Durhal inmediatamente y sola: quería tener el apoyo de Durossa.

La muchacha la miraba, con una expresión muy extraña en el rostro. Pero murmuró:

—Sí, señora.

Y echó a correr hacia la torre.

Semley se quedó esperando en el salón dorado y derruido. Nadie vino. ¿Estaban todos a la mesa en el salón de festejos? El silencio era incómodo. Después de unos minutos, Semley se dirigió hacia las escaleras de la torre. Pero una anciana le cortó el paso, extendiendo los brazos, llorosa.

—¡Oh, Semley, Semley!

Ella no había visto nunca antes a la mujer de cabellos grises, y retrocedió.

—Pero ¿quién eres, señora?

—Soy Durossa, Semley.

Ella permaneció silenciosa e inmóvil todo el tiempo que Durossa la estuvo abrazando, llorando y preguntándole si era cierto que la gente del barro la había capturado y la había mantenido hechizada durante todos estos años, o si habían sido los fiia y sus artes extrañas. Entonces, retirándose un poco, Durossa dejó de llorar.

—Eres todavía joven, Semley. Joven como el día que te marcaste de aquí. Y llevas alrededor de tu cuello el collar...

—He traído mi regalo a mi esposo, Durhal. ¿Dónde está?

—Durhal está muerto.

Semley no se movió.

—Tu esposo, mi hermano, Durhal el señor de Hallan, murió hace siete años en la batalla. Hacía ya nueve años que te habías

marchado. Los señores de las estrellas no volvieron. Fuimos a la guerra contra las tierras del este, contra los angyar de Log y Hul-Orren. En la batalla, la lanza de un mediano mató a Durhal, pues llevaba poca armadura en su cuerpo, y ninguna en su espíritu. Yace enterrado en los campos cerca del pantano de Orren.

Semley dio media vuelta.

—Iré a verlo, entonces —dijo, llevándose la mano a la cadena de oro que pesaba en su pecho—. Le daré mi regalo.

—¡Espera, Semley! ¡La hija de Durhal, tu hija, mírala, Haldre la Bella!

Era la muchacha a la que había hablado antes para que fuera a buscar a Durossa, una chica de unos diecinueve años, con ojos como los ojos de Durhal, azul oscuro. Se hallaba junto a Durossa mirando con ojos brillantes a esta mujer, Semley, que era su madre y tenía su misma edad. Su edad era la misma, y su pelo dorado, y su belleza. Solo que Semley era un poquito más alta, y llevaba la piedra azul en el pecho.

—Tómalo, tómalo. ¡Lo traje del final de la larga noche para Durhal y Haldre!

Semley gritó estas palabras, se retorció e inclinó la cabeza para quitarse la pesada cadena, y dejó caer el collar sobre las piedras con un golpe frío y líquido.

—¡Oh, tómalo, Haldre! —exclamó de nuevo, y entonces, sollozando, dio media vuelta y salió corriendo de Hallan, cruzó el puente y bajó los largos y anchos peldaños, y dirigiéndose al bosque como un animal en fuga, desapareció.



PRIMERA PARTE: EL SEÑOR DE LAS ESTRELLAS

1

Así termina la primera parte de la leyenda; y todo es verdad. Ahora, algunos hechos, que son igualmente ciertos, del *Manual de la Zona Galáctica Ocho* de la Liga:

Número 62: FOMALHAUT II.

Tipo AE-Vida basada en el carbono. Un planeta de núcleo ferroso, 9.900 kilómetros de diámetro, con atmósfera rica en oxígeno. Traslación: 800 días terrestres, 8 horas 11 minutos 21 segundos. Rotación: 29 horas 51 minutos 0,2 segundos. Distancia media del sol 3,2 UA, leve excentricidad orbital. Oblicuidad de la elipse 27° 20' 20", lo que causa marcados cambios estacionales. Gravedad: 0,86 estándar.

Cuatro grandes masas de tierra: los continentes Noroeste, Suroeste, Este y Antártico, ocupan el 38 % de la superficie del planeta.

Cuatro satélites (tipo Perner, Loklik, R-2 y Phobos). El Compañero de Formalhaut es visible como una estrella superbrillante.

Mundo de la Liga más cercano: Nueva Georgia del Sur, capital Kerguelen (7,88 años luz).

Historia: el planeta fue detectado por la Expedición Elieson en 202, explorado con sondas-robot en 218.

Primer estudio geográfico, 235-6. Director: J. Kiolaf. Las masas de tierra principales fueron estudiadas desde el aire (véanse mapas 3114-a, b, c; 3115-a, b). Aterrizajes, estudios geológicos y biológicos

y contactos con formas de vida inteligente solo se hicieron en los continentes Este y Noroeste (véase más adelante la descripción de las especies inteligentes).

Misión de avance tecnológico a las especies I-A, 252-4. Director: J. Kiolaf (solo continente Noroeste).

Las misiones de control y tasación de las especies I-A y II se llevaron a cabo bajo los auspicios de la Fundación de la Zona de Kerguelen, Nueva Georgia del Sur, en 254, 258, 262, 266, 270; en 275 el planeta fue puesto en interdicción por la Autoridad Mundial de Formas de Vida Inteligente, pendiente de estudios más adecuados de sus especies.

Primer Estudio Etnográfico, 321. Director: G. Rocannon.

Un alto árbol de un blanco cegador creció rápida y silenciosamente en el cielo tras el monte Sur. Los guardias de las torres del castillo de Hallan dieron la voz de alarma, golpeando bronce contra bronce. Sus débiles voces y el clamor de la advertencia fueron engullidos por el rugido del sonido, el martilleo del viento, el tambalear del bosque.

Mogien de Hallan recibió a su huésped, el señor de las estrellas, a la carrera, mientras se dirigía al patio de armas del castillo.

—¿Estaba tu nave detrás del monte Sur, señor de las estrellas?

Muy blanco de rostro, pero con voz tranquila como de costumbre, el otro respondió:

—Así es.

—Ven conmigo.

Mogien llevó a su invitado en la silla posterior del corcel del viento que esperaba ya ensillado en el patio. Descendieron los mil peldaños, cruzaron el abismo, recorrieron los bosques de los dominios de Hallan, que la montura sobrevoló como una hoja gris al viento.

Mientras se dirigía hacia el monte Sur, los jinetes vieron un humo azul que brotaba entre las lanzadas doradas de las primeras

luces del sol. Un incendio forestal ardía entre húmedos y frescos bosquecillos en el lecho del río del lado de la montaña.

De repente, bajo ellos, apareció un agujero en la falda de la montaña, un negro pozo lleno de humeante polvo negro. En el filo del amplio círculo de aniquilación yacían árboles quemados y convertidos en largas manchas de carbón, todos apuntando con sus copas caídas al otro lado del pozo de negrura.

El joven señor de Hallan mantuvo firme a su gris montura en la corriente que surgía del valle y contempló el pozo sin decir nada. Se contaban viejas historias de los tiempos de su abuelo y su bisabuelo que hablaban de la primera llegada de los señores de las estrellas, de cómo habían arrasado montañas y habían hecho hervir el mar con sus terribles armas, y con la amenaza de aquellas armas habían obligado a todos los señores de Angien a jurarles fidelidad y tributo. Ahora por primera vez Mogien creyó esas historias. Su aliento quedó retenido en su garganta durante un segundo.

—Tu nave estaba...

—La nave estaba allí. Yo tenía que reunirme aquí con los otros, hoy. Mi señor Mogien, dile a tu gente que evite este lugar. Durante un tiempo. Hasta después de las lluvias, el próximo año frío.

—¿Un hechizo?

—Veneno. La lluvia librará de él a la tierra.

El señor de las estrellas seguía hablando con voz tranquila, pero tenía la cabeza gacha, y de inmediato volvió a hablar, no a Mogien, sino a aquel negro pozo que tenían debajo, veteado ahora con la brillante luz del sol tempranero. Mogien no entendió ni una palabra de lo que decía, pues hablaba en su propia lengua, el habla de los señores de las estrellas, y ahora no quedaba nadie en Angien ni en todo el mundo que hablara esa lengua.

El joven angya controló a su nerviosa montura. Tras él, el señor de las estrellas inspiró profundamente.

—Volvamos a Hallan —dijo—. Aquí no hay nada.

El corcel revoloteó sobre las humeantes colinas.

—¡Señor Rokanan, si tu pueblo está ahora en guerra entre las estrellas, ofrezco en vuestra defensa las espadas de Hallan!

—Te lo agradezco, señor Mogien —dijo el señor de las estrellas, aferrándose a la silla, mientras el viento del vuelo agitaba sus grises cabellos.

El largo día pasó. El viento de la noche se colaba por las ventanas de su habitación en la torre del castillo de Hallan, haciendo que el fuego de la ancha chimenea titilara. El añofrío casi había terminado; la inquietud de la primavera se notaba en el viento. Cuando alzó la cabeza olió la dulce y mustia fragancia de los tapices de hierbas que colgaban de las paredes y la dulce y fresca fragancia de la noche en los bosques. Habló por su transmisor una vez más.

—Aquí Rocannon. Al habla Rocannon. ¿Podéis contestar?

Escuchó el silencio del receptor largo rato, y luego probó una vez más con la frecuencia de la nave.

—Aquí Rocannon...

Cuando advirtió que hablaba en voz baja, casi susurrando, se detuvo y desconectó el aparato. Todos estaban muertos, los catorce, todos sus compañeros y amigos. Habían estado en Formalhaut II la mitad de uno de los largos años del planeta, y habían tenido tiempo para consultar y comparar notas. Por eso Smate y su equipo habían venido del continente Este y habían recogido de camino al equipo antártico, y acabaron reuniéndose aquí con Rocannon, el director del Primer Estudio Etnográfico, el hombre que los había traído a todos. Y ahora estaban muertos.

Y su trabajo (todas su notas, imágenes, cintas, todo lo que habría justificado su muerte) también había desaparecido, reducido a polvo con ellos, desperdiciado con ellos.

Rocannon conectó de nuevo su radio y sintonizó la frecuencia de emergencia, pero no cogió el transmisor. Llamar tan solo avisaría al enemigo de que había un superviviente. Permaneció in-

móvil. Cuando llamaron con fuerza a su puerta dijo en la extraña lengua en la que tendría que hablar a partir de ahora:

—¡Pasa!

Entró el joven señor de Hallan, Mogien, que había sido su mejor informador sobre la cultura y las costumbres de la Especie II, y que ahora controlaba su destino. Mogien era muy alto, como todo su pueblo, de cabellos brillantes y piel oscura, y en su hermoso rostro, educado para mostrar una severa calma, que a veces asomaba el rayo de emociones poderosas: furia, ambición, alegría. Lo seguía su sirviente olgyior, Raho, que depositó una botella amarilla y dos copas sobre un cofre, llenó ambas copas hasta arriba y se retiró.

—Quisiera brindar por ti, señor de las estrellas —dijo el hereñero de Hallan.

—Y por mi relación contigo y por nuestros hijos, mi señor —respondió el etnólogo, que no había vivido en nueve planetas exóticos diferentes sin aprender el valor de las buenas costumbres. Mogien y él alzaron sus copas de madera con el borde de plata y bebieron.

—¿La caja de palabras no volverá a hablar? —preguntó Mogien, mirando la radio.

—No con las voces de mis amigos.

El rostro castaño oscuro de Mogien no mostró signos de pesar.

—Señor Rokanan —dijo—, el arma que los mató desafía toda imaginación.

—La Liga de Todos los Mundos tiene esas armas para usarlas en la guerra por venir. No contra nuestros propios mundos.

—¿Esto es la guerra, entonces?

—Creo que no. Yaddam, a quien conociste, estaba en la nave; habría oído las malas noticias al respecto por el ansible de la nave, y me habría llamado por radio de inmediato. Habría habido advertencia. Esto debe de ser una rebelión contra la Liga. Se estaba cociendo una revuelta en un mundo llamado Faraday cuan-

do partí de Kerguelen, y según el tiempo del sol eso fue hace nueve años.

—¿Esta pequeña caja de palabras no puede hablar con la ciudad de Kerguelen?

—No. Y aunque lo hiciera, las palabras tardarían ocho años en llegar allí, y la respuesta otros ocho años en volver.

Rocannon hablaba con su habitual gravedad y sencilla amabilidad, pero su voz sonó un poco sombría mientras explicaba su exilio.

—¿Te acuerdas del ansible, la máquina que te mostré en la nave, y que puede hablar al instante con otros mundos, sin pérdida de años? Sospecho que es lo que querían. Fue mala suerte que todos mis amigos estuvieran en la nave. Sin él, no puedo hacer nada.

—Pero si tus familiares, tus amigos de la ciudad de Kerguelen te llaman por el ansible y no hay respuesta, ¿no vendrán a ver...?

Mogien vio la respuesta mientras Rocannon la decía:

—Dentro de ocho años.

Cuando le mostró a Mogien la nave de exploración, y le enseñó el transmisor instantáneo, el ansible, Rocannon le había hablado también del nuevo tipo de nave que podía ir de una estrella a otra en un instante.

—¿La nave que mató a tus amigos era una MRQL? —preguntó el caudillo angyar.

—No. Era tripulada. Hay enemigos aquí, en este mundo, ahora.

Esto le quedó claro a Mogien cuando recordó que Rocannon le había contado que los seres vivos no podían viajar en las naves MRQL y sobrevivir; estas naves eran utilizadas solamente como bombarderos-robot, armas que podían aparecer y golpear y desaparecer en un momento. Era una historia extraña, pero no más extraña que otra historia, que Mogien sabía que era real: aunque la clase de nave en la que Rocannon había venido aquí tardaba dos años en cruzar la noche entre los mundos, a los hombres que

iban a bordo de la nave esos años les parecían solo unas pocas horas. En la ciudad de Kerguelen, de la estrella Forrosul, este hombre, Rocannon, había hablado con Semley de Hallan y le había dado la joya Ojo del Mar, hacía casi cincuenta años. Semley, que había vivido dieciséis años en una noche, había muerto hacía mucho; su hija Haldre era una anciana, su nieto Mogien, un hombre adulto; sin embargo aquí estaba Rocannon, que no era viejo. Esos años habían pasado, para él, viajando entre las estrellas. Era muy extraño, pero había otras historias más extrañas todavía.

—Cuando la madre de mi madre, Semley, cruzó la noche... —empezó a decir, y se detuvo.

—Nunca hubo una dama tan bella en todos los mundos —dijo el señor de las estrellas, cuyo rostro se mostró menos preocupado por un instante.

—El señor que le ofreció su amistad es bienvenido entre sus parientes —dijo Mogien—. Pero quería preguntar, señor, qué tipo de nave utilizó ella. ¿Os la quitaron los hombres del barro? ¿Tiene un ansible, para que puedas avisar a los tuyos de la presencia de este enemigo?

Durante un segundo Rocannon pareció anonadado, luego se calmó.

—No —dijo—, no tiene ansible. Se la regalaron a la gente del barro hace setenta años; entonces no existía la transmisión instantánea. Y no puede haber sido instalada recientemente, porque el planeta está bajo interdicto desde hace cuarenta y cinco años. Por mi culpa. Porque interferí. Porque, después de conocer a la señora Semley, acudí a mi gente y les dije: «¿Qué estamos haciendo en este mundo del que no sabemos nada? ¿Por qué cogemos su dinero y los presionamos? ¿Qué derecho tenemos?» Pero si hubiera dejado la situación tal como estaba, al menos ahora vendría alguien cada par de años; no estaríais completamente a merced de este invasor...

—¿Qué quiere el invasor de nosotros? —preguntó Mogien, no con modestia, sino por curiosidad.

—Supongo que quiere vuestro planeta. Vuestro mundo. Vuestra tierra. Tal vez convertiros en esclavos. No lo sé.

—Si la gente del barro tiene todavía esa nave, Rocannon, y si la nave va a la ciudad, tú podrías ir en ella y reunirte con tu pueblo.

El señor de las estrellas lo miró durante un momento.

—Supongo que podría —dijo. Su tono volvió a apagarse. Permanecieron en silencio durante un minuto más, y entonces Rocannon habló con pasión—: He puesto a tu pueblo en peligro. Traje a mi propia gente y han muerto todos. ¡No voy a huir ocho años hacia el futuro para ver qué sucede a continuación! Escucha, mi señor Mogien, si pudieras ayudarme a ir al sur y visitar a la gente del barro, yo podría llegar a la nave y usarla aquí en el planeta, manejarla. Al menos, si no puedo cambiar su impulso automático, puedo enviarla a Kerguelen con un mensaje. Pero me quedará aquí.

—Semley la encontró, según dice la historia, en las cavernas de los gdemiar, cerca del mar de Kirien.

—¿Me prestarás un corcel del viento, señor Mogien?

—Y mi compañía, siquieres.

—¡Te lo agradezco mucho!

—La gente del barro son malos anfitriones para los invitados solitarios —dijo Mogien, satisfecho. Ni siquiera pensar en aquel espectral agujero negro de la montaña podía aplacar el ansia de las dos largas espadas que colgaban de su cinto. Había pasado mucho tiempo desde la última incursión.

—Que nuestros enemigos mueran sin hijos —dijo el angya gravemente, alzando la copa, que había vuelto a llenar.

Rocannon, cuyos amigos habían sido asesinados sin ninguna advertencia en una nave desarmada, no vaciló.

—Que mueran sin hijos —dijo, y bebió con Mogien, bajo la luz amarilla de las velas y la doble luna, en la alta torre de Hallan.